

LA

ESCRITORA

ORQUESTA



NO SE NACE EN YANO
AL PIE DE UN VOLCÁN

2

JULIO VILLANUEVA CHANG

LA
ESCRITORA
ORQUESTA





Zoila Vega Salvatierra disfruta de la música de su lavadora. Cuando acaba de lavar la ropa, su máquina la alerta con lo que ella llamaría «una frase isométrica en modo mayor», una pieza de música instrumental muy contagiosa para tararear. «Divierte que la lavadora de un músico anuncie pomposamente que acabó su ciclo de lavar», dice ella, una musicóloga que no disfruta del ruido de todos los artefactos de su casa. Desayunar también consiste en soportar licuadoras y malas noticias de la radio. Cuando desayuna, Vega Salvatierra, quien por doce años dirigió la Orquesta Sinfónica de Arequipa, se cubre los oídos ante una hervidora de huevos. «Cuando el huevo está listo, suena como el rugido de un tiranosaurio rex afónico», dice quien escribiría una carta a los fabricantes del artefacto. «En lugar de un ruido, su ingeniero de sonido debería elegir un silbido», diría, superior al de una tetera de agua cuando hierve. Zoila Vega prefiere que su hervidora de huevos pite, pero cree que no hay labios fruncidos ni pulmones suficientes para silbar la pieza barroca más célebre de Bach. «No existe un canario que silbe su *Tocata y fuga en re menor*», dice, con el permiso de los ornitólogos. No ha oído aún a Bach en algún timbre de teléfono, pero cuando la llaman al suyo timbra la música del anime de *Lady Oscar*, que ella describe como la historia de una chica que tomó sus propias decisiones y supo morir con ellas. Los sonidistas del cine mezclan estos ruidos para emocionarnos en las películas, pero Zoila Vega Salvatierra, una violinista que ganó un premio de novela del Banco Central de Reserva, los usa solo para escribir.

Vega es una musicóloga cuyo lenguaje predilecto es el verbal, pero también una mujer orquesta atenta a toda la música involuntaria de la ciudad. Dice que un sonido ultrafrecuente de Arequipa es la fritura del chicharrón. En los primeros meses de la pandemia, fue como una antena que captaba sirenas de ambulancias, silbatos de policías o murmullos de gente enmascarada pidiendo ayuda. «Es normal amanecer afónico en Arequipa», dice quien se levanta sin oír a su hervidora cacofónica a la hora en que cantan el gallo y las alondras. Pero, a cualquier hora del día, la violinista elige sobre todo escuchar su biblioteca, «un rumor de libros cerrados esperando ser abiertos», dice, como si se debiera aún más soledad para escribir.



Zoila Vega Salvatierra pertenece a esa comunidad de ensimismados con quienes te enojas porque no saludan cuando pasan frente a ti. Mire quien la mire, posee una concentración propia de ajedrecistas y matemáticos, con más de aventura mental que de narcisismo. Cuando escribe una novela, la musicóloga entra en una suerte de autohipnosis. El ensimismamiento y la distracción del mundo son su estado natural, excepto cuando dicta clases, conversa o concede una entrevista. A veces, cuando su esposo le habla, ella está como ausente por andar escribiendo o tocando el violín, y le responde de memoria que sí y que sí. Su marido, un abogado notarial, suele encontrar partituras en medio de sus expedientes. Cuando va al gimnasio, la mujer orquesta usa audífonos para evitar el reguetón del ambiente, y prefiere hacer pesas con la banda sonora

de Ennio Morricone en *La misión* o una ópera cómica de Baldassare Galuppi. ¿Qué hace la gente cuando quiere relajarse del trabajo? Escucha música. Zoila Vega Salvatierra trabaja con la música, pero no puede relajarse con ella. «Siento una mayor complicidad con las palabras que con los sonidos». Es una musicóloga que no puede escuchar música cuando escribe. La mujer orquesta ha escrito trece libros. Trece. La mitad, novelas históricas, y solo ha publicado la cuarta parte. «Mi primera novela la escribí a los doce años y es absolutamente idiota». Acabó su manuscrito en unos cuadernos Loro y Patria, mientras sus profesores creían que escribía sus tareas. Cuando se aburría de la clase del profesor de química, era dibujante clandestina de los thundercats. Cuando se aburría de ensayar la misma parte de una ópera con la sinfónica, aprendía japonés con animes y mangas. Las novelas de Zoila Vega son un puente entre la literatura y la historia. En *Las Saucedo*, retrata a tres hermanas de la sociedad colonial arequipeña con historias de amor y rebelión. En *Acuarelas*, Vega Salvatierra fabula sobre el enigma de unas pinturas y el rencor por la guerra del Pacífico. En *Teclas*, su novela inédita con mención honrosa en el premio Copé, seis pianos cuentan su propia historia y la de la ciudad. En *Cápac cocha*, un incendio en la Catedral de Arequipa le sirve de excusa para narrar la pasión amorosa de Antonia Bermejo, una mujer que rechaza la maternidad y que domina hasta la crueldad a los hombres que elige. Cuando este libro ganó el Premio de Novela Corta Julio Ramón Ribeyro, sintió terror por la súbita atención sobre ella. «Mis padres tuvieron el cuidado de tratarme en casa como una solista», dice, «y de hacerme entender que afuera no lo soy». Quienes la escuchaban frente a la orquesta sinfónica la miraron como bicho raro cuando supieron que escribía novelas. No había estudiado literatura. No asistió a talleres de escritura. Todo lo que escribía era para su padre y su madre.







Hija única, con un padre y una madre que viven a dos cuadras de su casa en el pueblo de Cayma, ella y su marido son como ellos, un matrimonio casero, casi ermitaño, que vive a gusto entre perros, libros, violines y un jardín. «Papá vive encerrado desde que nació», dice la hija, quien recuerda la *Ilíada* y el *Quijote* en manos de su padre, un poeta y pintor. Su madre se las arregló para que él siguiera escribiendo poesía. Alberto Vega tenía tres libros publicados cuando se casaron. Belén Salvatierra es una psicóloga clínica con posgrados en Francia y México que desconfiaba de Freud y creía en la educación laica del padre de su hija, una estudiosa de la música sacra que conoce su función en la liturgia. «No estoy ni bautizada», dice. «Poca gente lo sabe, y en esta ciudad eso es peligroso». A los cinco años, cuando había acabado el jardín, el señor Vega se escandalizó porque no había aprendido a leer. «Aprendí a leer música antes que palabras», dice quien acaricia su violín desde los tres años y medio. Desde entonces su padre se convirtió en su maestro. «Cuando entré al colegio, me aburría: me enseñaban el abecedario, y yo ya leía el *Quijote*». Su primera perra se llamó Dulcinea. El señor Vega le llevaba a casa la revista *Duda*. Cuando hallaba una metáfora, se la explicaba. Era un taller íntimo entre ella y él. La familia de su mamá era música pura: su abuela tocaba el piano, su tío era violinista de la sinfónica y su madre cantaba como un ave sin jaula. «Cuando se embarazó de mí, decidí que yo estudiara música». Desde el vientre la esperaba un violín. Papá le enseñó a escribir. Todo sucedía en esa casa que era escuela y laboratorio.

Habitados a encerrarse en ella, la musicóloga y el abogado dedican tiempo a la jardinería de rosas y a las reparaciones de puertas. Ha etiquetado cada uno de sus cactus para recordar sus nombres.

Uno de ellos se llama Anticucho Arequipeño.



Vega Salvatierra ve teleseries legendarias como *La ley y el orden* y las usa para enseñar a sus estudiantes qué es una investigación.

«Tienes una pregunta, un delito, un muerto», dice, convencida de que ser maestra exige ser actriz. Para inocular sus clases, es capaz de saltar hasta una mesa y bailar como en un escenario de Broadway, aunque la mayoría de veces le baste su voz cantarina, su entusiasmo irónico, su erudición.

Vega Salvatierra ha ido renunciando a la música como espectáculo. Ha ido guardando su violín de concertino y su batuta de directora de orquesta. Ha deslindado entre sus pasiones mayores y pasiones menores. Ha elegido investigar, su curiosidad intelectual, como la emoción forense al descubrir un muerto.

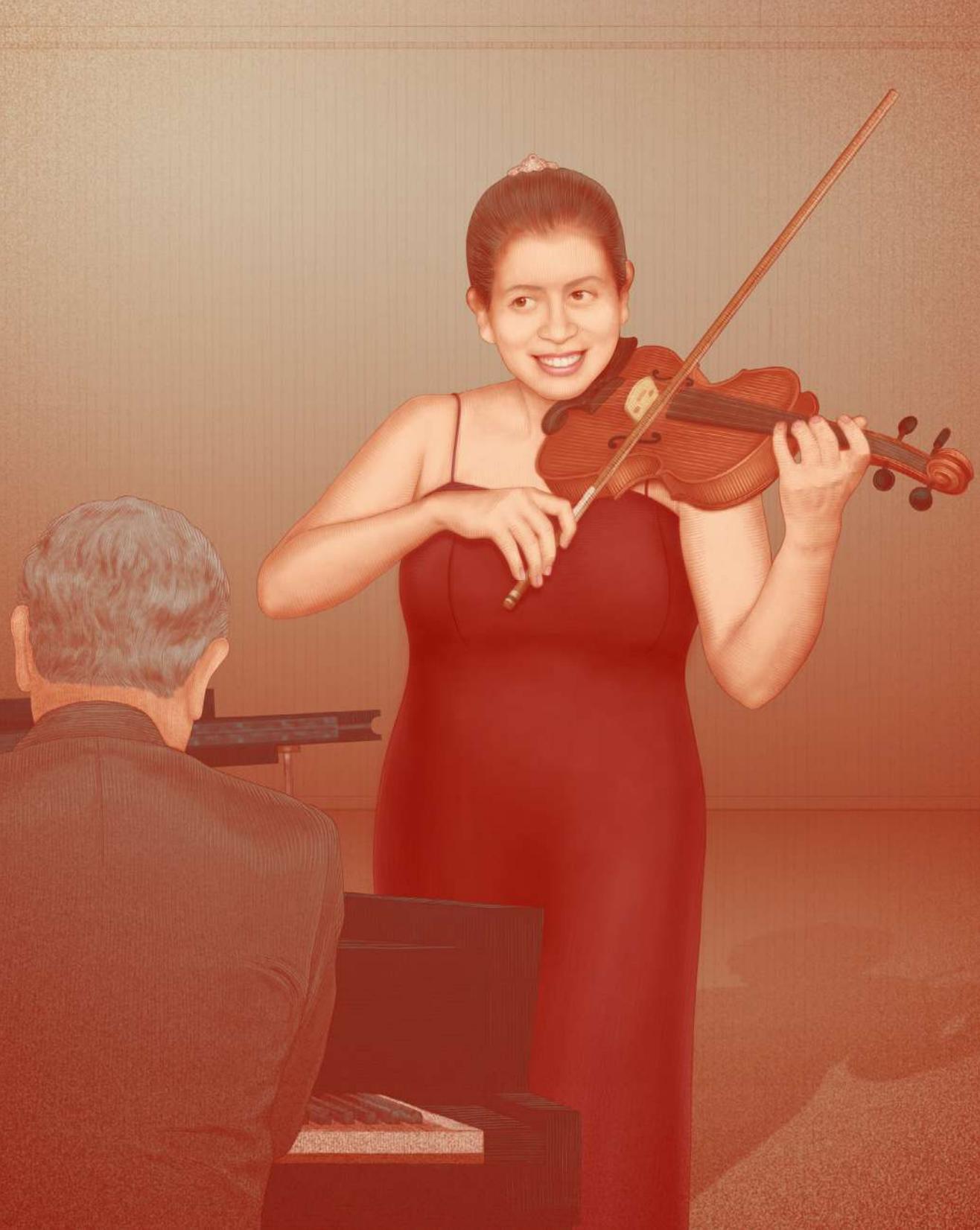
Es una exploradora en musicología: investiga sobre el yaraví, una canción de amor triste que no se baila, un género que en sus orígenes se consideraba indígena y patético y que hoy es símbolo de identidad de la ciudad. También investiga sobre sicuris femeninas, las mujeres que tocan el sicu, esos tubos de caña que dan sonido, un instrumento de viento que antes solo les estaba permitido a los hombres y que ahora ellas empuñan y soplan contra cualquier discriminación.

Profesora en maestrías y doctorados de prestigiosas universidades en Perú,

Vega reparte su día a día entre la música, la enseñanza y la escritura. «La doble vida que llevo», dice, «es una máquina perpetua de angustia». De vez en cuando su padre le pregunta dónde está su nueva novela y ella le recuerda que no es Vargas Llosa, y que aún no le pagan por escribir. La rutina de maestra le exige levantarse a preparar su clase al amanecer. «No quiero ser un *podcast* en sus audífonos», dice ella, creyente en la fisicidad de la música y la pedagogía, alguien que siente un temblor en la nuca cuando una orquesta suena como ella quiere. Una maestra que también es un espectáculo sentada. Un alumno la recuerda, en tiempos de pandemia, dictando clases desde una silla de *gamer*, como si su *performance* fuera un videojuego. Ella delante de una almohada lumbar que conservaba la curvatura natural de su espalda, como dirigiendo una orquesta desde un bus cama.



Vega Salvatierra se ríe estereofónica y a carcajadas de soprano, a pesar de las tendinitis, escoliosis y lumbalgias, herencias encarnadas de su violín, que convirtieron a un masajista en su amigo perpetuo. La música fascina, pero también duele. «Esta sonrisa no dura veinticuatro horas por siete», desengaña. Un músico principiante elige entre pagar sus estudios o mantener a su familia. Vega fue directora de dos orquestas de cámara y tuvo que cerrar las dos. La pandemia mató una época de oportunidades. Músicos de iglesia y de orquestas de baile se quedaron sin trabajo. La cornista y el flautista salieron a la calle a vender *wawas*, esos bizcochos arequipeños en forma de bebé. Un popular cantante lírico de bodas se volvió motociclista



de reparto. El oboísta anónimo dictó clases de aeróbicos y baile afro. Una multitud sobrevive tocando en clubes los fines de semana. Vega Salvatierra es enemiga de cualquier catequismo de dignidad entre músicos. «No es más correcto si estás en la sinfónica ni incorrecto si eres mariachi», cree. «Las dos experiencias pueden ser igual de fascinantes o aburridas». No es una maestra que asusta a sus discípulos diciéndoles que cantar en una orquesta de salsa les va a estropear la voz. «Un chico tiene que comer, y cantar una ópera de Verdi no siempre le va a dar de comer». Dirigir una orquesta sinfónica exige una energía y una disciplina himalayescas. Encarnar la intensidad de *La heroica* de Beethoven puede convertirse en una cita con el cardiólogo. Existe una lista de directores que han muerto de infarto en un concierto. «Ser músico te cuesta una espalda, un brazo, una mano», dice Vega, con la cabeza erguida. Once años de violinista en la sinfónica y cuatro décadas tocando el violín le han dañado la espalda. Hoy lo toca solo para ella. «Mis sofás son un público complaciente», dice de espaldas a uno. Volver a las cuerdas una hora diaria es para ella una suerte de antidepresivo. Vega Salvatierra tiene dos violines. Les ha incorporado humidificadores y los alterna para tocarlos. Dos semanas uno. Dos semanas otro. «Un violín también es un tronco flotador al que te atas para no hundirte», dice como salvada de un naufragio. La escritora ha convertido la depresión en personaje de una de sus novelas, una serpiente negra silbando todo el tiempo en el oído al protagonista que todo puede ser aún peor. «La depresión es como una hermana con la que convivimos», dice. «En algún momento, fue una hermana que se sentaba en mi pecho y no me dejaba levantarme en las mañanas». A Vega Salvatierra no le cantaron canciones de cuna para irse a la cama. Cuando no puede dormir, en lugar de contar ovejas, cuenta emperadores romanos. Los recita



desde el primero hasta el último, desde Augusto hasta Rómulo Augústulo.
«No sé cuántos son, pero me los sé todos», dice tras recitarlos.
Casi siempre se queda dormida al llegar a Septimio Severo.



Una directora de orquesta es alguien que nos da la espalda para acompañarnos. Vega Salvatierra nos dio la espalda durante doce años, creyente de que dirigir una sinfónica es una misión. «Hoy estamos más conectados, pero somos más solitarios», dice. «La música es un servicio social que nos recuerda que no estamos solos». Cuando empezó a conducir la de Arequipa, la misionera tenía veintiséis años, una edad que despierta desconfianza para mandar, más aún en el año dos mil, cuando ser mujer y ser joven avivaban el desprecio de algunos músicos por su autoridad. «No me lo decían de frente», recuerda, «pero era una reacción sutil de no hacer caso, de escupir en el suelo, de desplante». Una orquesta es un organismo tan delicado que no funciona si le falta un tornillo. La maestra prestaba más atención al músico con problemas, al extraviado, a la oveja perdida. De espaldas a un público, Zoila Vega se iba convirtiendo en una directora que miraba a la gente. «Era una payasa», se ríe. Bailaba, los invitaba a aplaudir, subía a niños a dirigir al escenario. La sala de conciertos es una irónica invitación al ruido. Toser es la epidemia súbita de los melómanos. Un niño que llora, un sismo. De sus años de violinista, Vega Salvatierra recuerda una noche cuando la sinfónica iba a interpretar a Dvořák, y que, cuando el director le daba la entrada, a ella le picó la nariz. «No se escuchó la primera nota de la sinfonía», dice. «Se oyó mi estornudo».

En sus primeros años de directora, la mujer orquesta fue maniática del silencio, una madre superiora cascarrabias dispuesta a interrumpir la función si a alguien se le ocurría rasgar la envoltura de un caramelo. «Hay espectadores como esperando a que toquemos para hablar de sus problemas», dice. «Después entendí que mi trabajo era enseñarles». Ofrecían conciertos didácticos fuera de la ciudad. Tocaban en parroquias, centros vecinales, la sala de una casa. Era gente que nunca había escuchado un concierto, que ignoraba el nombre de los instrumentos, que aplaudía cuando debía callar. Vega es una política de la escucha. «La orquesta es de la ciudad, y la ciudad no es el centro histórico». Un día el alcalde de un distrito los invitó a tocar y, al llegar, encontraron solo a dos niños y un perro. «Empezamos el concierto para los dos niños y el perro, y acabamos con unos veinte vecinos», dice entre la ironía y la gratitud. Fue un repertorio entre clásicos europeos y arequipeños: oberturas de Mozart, valeses de los hermanos Dávalos, como *La Benita o Melgar*. Los niños estaban fascinados. «Solo por eso había valido la pena», dice ella, como si los niños aún siguieran allí. Se extraña a la mujer orquesta. O a alguien como ella que sepa darnos la espalda.



Zoila Vega Salvatierra

cápac cocha



PREMIO NOVELA CORTA
JULIO RAMÓN RIBEYRO / BCRP 2006

NO SE NACE EN VANO AL PIE DE UN VOLCÁN 2 /

La escritora orquesta

© Julio Villanueva Chang, 2024

© Universidad Continental, 2024

Av. San Carlos 1980, Huancayo, Perú

Teléfono: (51 64) 481-430 anexo 7863

Correo electrónico: fondoeditorial@continental.edu.pe

www.ucontinental.edu.pe

Primera edición digital (PDF)

Septiembre de 2024

Huancayo, Perú

Disponible en <https://fondoeditorial.continental.edu.pe>

Concepto de este libro: © Julio Villanueva Chang

Ilustraciones: ©Héctor Huamán Escate

Diseño gráfico: Augusto Carrasco Huamaní

Corrección de textos: Roy Vega Jácome

Coordinación editorial: Jullisa Falla Aguirre

e-ISBN 978-612-4443-83-1

Hecho el depósito legal N.º 2024-09690

* La ilustración de la página 6 está basada en una fotografía de Julio Angulo Delgado.

* Zoila Vega Salvatierra investigó el Divertimento Op. 46 para guitarra, dos flautas y cuarteto de cuerdas, obra del compositor Pedro Ximénez, quien vivió entre el final del régimen colonial y los inicios de la independencia, y que fue por azar el primer yaraví de Ximénez que llegó a sus manos. Las misteriosas figuras musicales de estas páginas corresponden a ese yaraví.



 Universidad
Continental

ISBN: 978-612-4443-83-1



9 786124 443831